

## El papa Nicolás IV, destinatario del *Liber de passagio*, y Ramon Llull

Ramon Llull expuso sus planes y propuestas para la conversión de los infieles a cuatro papas (Nicolás IV,<sup>1</sup> Celestino V,<sup>2</sup> Bonifacio VIII<sup>3</sup> y Clemente V<sup>4</sup>). En la epístola *Quomodo Terra sancta recuperari potest* (op. 52a), que forma parte del *Liber de passagio* (op. 52),<sup>5</sup> a pesar de comenzar con una advocación al «papa et cardinales», al contrario de las epístolas dirigidas a los papas Celestino y Bonifacio, no aparece el nombre del pontífice reinante, Nicolás IV. Tampoco en el *Tractatus de modo convertendi infideles* (op. 52b) aparece el nombre del papa. La *Vita coaetanea* refiriéndose a este opúsculo habla sólo de la «curia romana» sin especificar el nombre del papa a quien iba dirigido.<sup>6</sup> Joan Avinyó<sup>7</sup> apunta que este opúsculo lo escribió con intención de presentarlo a Martín IV pero la prematura muerte de éste le impidió cumplir su cometido. Tampoco pudo hacerlo ante Honorio IV por la brevedad extrema de este pontificado y

---

<sup>1</sup> Cf. Sebastián Garcías Palou, «Circunstancias históricas que inspiraron la composición del *Tractatus de modo convertendi infideles* del Bto. Ramón Llull», *EL* 7 (1963), 189-202.

<sup>2</sup> *Petitio Raimundi pro conversione infidelium ad Coelestinum V papam* (PLA 73; Bo III.15). Ed. MOG II, iv, 5-51 (174-5). Edición de la versión catalana en *ATCA* 1 (1982), 9-46.

<sup>3</sup> *Petitio Raimundi pro conversione infidelium ad Bonifatium VIII papam* (PLA 75; Bo III.21). Ed. de Helene Wieruszowski, «Ramon Llull et l'idée de la cité de Dieu», *Estudis Franciscans* 47 (1935) 87-110 [reed.: Ead., *Politics and Culture in Medieval Spain and Italy* (Roma, 1971), págs. 147-171], espec. págs. 100-103. Véase también *Liber apostrophe* (PLA 78; Bo III.24), ed. MOG IV, ix, 29-57 (533-561). Versión catalana en *NEORL* 3, págs. 1-72.

<sup>4</sup> *Liber de fine* (ROL IX, op. 122) y *Liber de acquisitione Terrae sanctae* (PLA 165; Bo IV.12), ed. de E. Kamar en *Studia orientalia christiana*, Collectanea 6 (El Cairo, 1956), págs. 103-131. Véase también *Petitio Raimundi in concilio generali ad acquirendam Terram sanctam* (ROL VIII, págs. 239-245).

<sup>5</sup> La primera edición de Jacqueline Rambaud-Buhot en: *Beati magistri Raimundi Lulli opera latina a magistris et professoribus edita Maioricensis Scholae Lullisticae*, Fasc. III (Mallorca, 1954), págs. 93-112. Edición crítica de Fernando Domínguez en *ROL* XXVIII (2003), págs. 255-354. En este artículo reproducimos, con ligeras variantes, algunas páginas (292-303) de la introducción.

<sup>6</sup> *ROL* VIII, pág. 284, lin. 239.

<sup>7</sup> Joan Avinyó, *Les obres autèntiques del beat Ramon Llull* (Barcelona, 1935), pág. 112.

tuvo que esperar, después de una larga sede vacante, al nuevo papa Nicolás IV. Creemos, sin embargo, que una lectura atenta obliga a pensar que esta obra fue escrita considerando la personalidad de fray Girolamo d'Ascoli, a quien Llull, como veremos, pudo haber conocido antes de ser elevado a la sede pontificia con el nombre de Nicolás IV.

A pesar de la falta de una referencia explícita al destinatario y aún considerando algunas contradicciones entre los dos textos que se reúnen bajo el título de *Liber de passagio*, se admite unánimemente que ambas obras forman una unidad y están dirigidas a Nicolás IV. Señalan a este papa como destinatario el padre A.R. Pasqual,<sup>8</sup> lo mismo hacen J. Avinyó y los hermanos Carreras y Artau que le dan el título *Epistola Summo Pontifici pro recuperatione Terrae sanctae*, aunque estos advierten que se le denomina también *Liber de conquestione Sancti Sepulchri* y *De modo convertendi infideles et recuperandi Terram Sanctam*,<sup>9</sup> Platzeck, en fin, ya lo titula claramente como *Epistola Raimundi ad Nicolaum IV, papam*.

## 1. Fra Girolamo d'Ascoli

Hasta el pontificado de Nicolás IV no había sentido Llull la necesidad de presentar un memorándum al papa. Su actividad propagandista se reducía a despertar el interés de los reyes y de las órdenes mendicantes, a cuyos capítulos generales asistía asiduamente. La decisión de dirigirse directamente al Sumo Pontífice fue dictada, quizá, por las especiales características del nuevo papa.<sup>10</sup> Nicolás tuvo que inspirarle a Llull una especial confianza de ser escuchado pues no sólo era un buen conocedor de la situación en el Oriente cristiano, sino también en su condición de franciscano (fue el primer miembro de esta orden que ocupó la sede pontificia) podría comprender mejor el contexto y razón de ser de

---

<sup>8</sup> «Primo autem Nicolaum IV adivit, eique praesentavit Libellum, qui sic incipit: "Deus in virtute tua ostenditur hic quomodo Terra Sancta recuperari potest...", qui Libellus, ut constat in eius fine, fuit datus Romae summo Pontifici anno 1290», *Vindiciae lullianae* (Avignon, 1778) I, pág. 187.

<sup>9</sup> En estas referencias se ve claro que tanto J. Avinyó como Ca reunen bajo un mismo título la epístola y el opúsculo. La separación de ambos que ya apuntó J. Tarré («Los códices lulianos de la Biblioteca Nacional de París», *Analecta Sacra Tarraconensia* 14, 1941, pág. 22) sólo se impuso a partir de la edición de Rambaud-Buhot y la traducción francesa de Ramon Sugranyes de Franch, *Raymond Lulle Docteur des Missions* (Schöneck-Beckenried, 1954), págs 131-143.

<sup>10</sup> En todo lo referente a la vida y la obra de Nicolás IV seguimos aquí el documentado estudio de Antonino Franchi, *Nicolaus papa IV, 1288-1292 (Girolamo d'Ascoli)* (Ascoli Piceno, 1990), y el volumen misceláneo *Niccolò IV: Un pontificato tra Oriente ed Occidente. Atti del convegno internazionale di studi in occasione del VII centenario del pontificato di Niccolò IV. Ascoli Piceno (14-17 dicembre 1989)*, a cura di Enrico Menestò (Spoleto, 1991).

las propuestas lulianas.<sup>11</sup> Llull pensó encontrar en este papa la persona idónea para entablar un diálogo sobre estos temas. El texto de los dos opúsculos que componen el *Liber de passagio* se ha de interpretar, pues, considerando al receptor de los mismos, un papa de quien Llull suponía un singular conocimiento de los problemas que allí se trataban. Las propuestas lulianas y algunos detalles de su redacción parecen indicar que Llull sabía perfectamente que se dirigía a un pontífice que él consideraba como experimentado y profundo conocedor de los temas que allí se proponía desarrollar. En ningún tratado anterior había expuesto planes estratégicos para la conversión de los infieles con tal amplitud y concreción haciendo referencia explícita a temas que a su juicio eran centrales en la compleja problemática político-religiosa de su tiempo.<sup>12</sup> Los contactos estrechos de Girolamo d'Ascoli y el mundo bizantino, sus experiencias diplomáticas con los tártaros y su pertenencia a un orden que había plantado sólidas raíces en Tierra Santa hacían de Nicolás IV una persona capacitada para discernir con claridad los múltiples problemas implicados en la trama política del Oriente próximo.

El papa Nicolás IV, al menos de oídas, tenía que conocer a Ramon Llull pues, en 1276, siendo Girolamo d'Ascoli ministro general de los franciscanos<sup>13</sup> había extendido el, entonces, papa Juan XXI la Bula de fundación de Miramar en la que expresamente se habla de un monasterio o «locus religiosus» para «tredecim fratres ordinis minorum, qui iuxta ordinationem et institutionem provincialis ministri continuo in arabico studeant».<sup>14</sup> Llull se convertía desde ese momento en bienhechor insigne de la orden franciscana al construir y lograr la dotación de dicho colegio al servicio de los frailes menores. Aunque consta una

---

<sup>11</sup> James Daniel Ryan, «Nicholas IV and the evolution of the eastern missionary effort», *Archivum historiae pontificiae* 19 (1981), 79-95, constata en Nicolás IV la presencia de «a non-political missionary spirit» (pág. 81), que distinguía muy bien entre misión y cruzada (pág. 87) y lo considera un papa con sincero y persistente interés en la misión (pág. 95). Sobre el carácter de este papa y su preferente dedicación a los problemas del Oriente Medio, véase también Lucas Wadding, *Annales Minorum V* (Quaracchi, 1931), págs. 187-327, Girolamo Golubovich, *Biblioteca Bio-Bibliografica della Terra Santa e dell'Oriente Franciscano I* (Quaracchi, 1906), págs. 83-290 y Ricardo García Villoslada, *Historia de la Iglesia Católica*, t. II: Edad Media (Madrid, 1958), págs. 649-658.

<sup>12</sup> Cf. art. cit. en nota I.

<sup>13</sup> Fue elegido tal en el capítulo general de Lyon en 1274, como sucesor de San Buenaventura y en presencia de éste. Cf. Lucas Wadding, *Annales Minorum IV* (Quaracchi, 1931), pág. 466. Sobre su actuación como ministro general cf. A. Franchi, op. cit. (nota 10), págs. 49-60. Es interesante hacer notar en este contexto que una de las preocupaciones de Girolamo d'Ascoli al ser nombrado ministro general fue exigir el control estricto y centralizado de nuevas fundaciones. Durante su generalato, aunque estuvo continuamente enzarzado en misiones diplomáticas, tuvo que intervenir en conflictos internos de diversa índole, entre ellos los enfrentamientos con Roger Bacon y Pedro Juan Oliví.

<sup>14</sup> Cf. Sebastián Garcías Palou, *El Miramar de Ramon Llull* (Palma de Mallorca, 1977), pág. 319. Nueva ed. en J. N. HILLGARTH, *Diplomatari lul·lià* (Barcelona/Palma, 2001), págs. 39s.

relación personal de Llull con otro general de la orden, Raimundo Gaufredi,<sup>15</sup> no existe documento alguno que haga suponer esa misma relación con con el anterior general fray Girolamo d'Ascoli.

## 2. Los griegos

Girolamo d'Ascoli, además de dominar varias lenguas, una cualidad poco común en su tiempo, fue desempeñando cargos dentro de la orden como predicador, lector y ministro provincial hasta ser llamado repetidamente por la curia romana para ejercer delicadas misiones diplomáticas dentro y fuera de Italia. La más importante fue en 1272 –dos años antes del Concilio II de Lyon– cuando fue enviado a Constantinopla por Gregorio X, en compañía de otros tres frailes menores, con el fin de promover la unión de las iglesias latina y griega. Allí estuvo quince meses hasta que, acompañando a la embajada bizantina del emperador Miguel Paleólogo VIII, se dirigió al susodicho concilio.<sup>16</sup>

Sólo admitiendo una clara imagen de su interlocutor se explica la vehemente invitación al papa de dirigir personalmente la expedición a Tierra Santa para asegurar la colaboración de los griegos en la empresa de recuperación cristiana de los Santos Lugares.<sup>17</sup> La presencia de un pontífice romano en Bizancio rodeado de teólogos que hablasen las diversas lenguas de Asia Menor<sup>18</sup> sólo se le podría haber ocurrido a Llull pensando en la larga experiencia viajera de aquel pontífice conocedor profundo de la situación. Tal extraña propuesta no la repetirá Llull en los escritos que dirigió a los papas siguientes. Dirigiéndose a un papa que había residido en Constantinopla insiste de manera particular en la necesidad de aliarse con los «griegos» para la consecución de una presencia de la iglesia latina en Oriente. La convicción luliana de ser la unión con Bizancio condición indispensable para una acción armada para la recuperación de Tierra Santa es la idea base que está detrás de su exigencia de una alianza con los griegos por las buenas o

<sup>15</sup> En un documento contemporáneo publicado por Antonio Raimundo Pasqual, *Vindiciae lullianae* I (Avignon, 1778), pág. 186, y reproducido más tarde por A. Rubió Balaguer, *Documents per l'Historia de la cultura catalana mig-aval* I (Barcelona, 1908), págs. 9-10, es presentado Ramon Llull como «amicus ordinis et devotus ab antiquo in relevandis fratrum nostrorum inopiis gratus et in subsidiis sollicitus...» Nueva ed. de este texto en Hillgarth, *Diplomatari...* (v. nota anterior), págs. 60-61. Sobre R. Gaufredi véase Jordi Gayà, «Ramon Llull en Oriente (1301-1302): circunstancias de un viaje», *SL* 37 (1957), 25-78, pág. 46.

<sup>16</sup> Sobre esta importante embajada que terminó con una declaración formal de sumisión al papa por parte de los legados bizantinos, cf. B. Roberg, *Die Union zwischen den griechischen und der lateinischen Kirche auf dem II Konzil von Lyon (1274)* (Bonn, 1964), y A. Franchi, *Nicolaus IV...* (vid. nota 10), págs. 33-48.

<sup>17</sup> «[Papa] in sua propria persona deberet ire [ad passagium] et bonum exemplum tam praelatis et principibus quam aliis sibi subditis praeberere.» *ROL* XXVIII, págs. 337-8, lin. 7-9.

<sup>18</sup> *Ib.*, lin. 11-17.

por la malas que parece estar en clara contradicción con todo su pretendido ideario pacifista.<sup>19</sup> La dura propuesta luliana de utilizar la fuerza no sólo contra los infieles sino para obligar a los cismáticos a unirse a las acciones de la cristiandad occidental no tiene, sin embargo, nada de anacrónico sino que responde a la común concepción medieval de la cristiandad, cuya cabeza era el papa y a cuya soberanía habían de someterse pueblos y reinos.<sup>20</sup> Llull sólo exige la aceptación de ese postulado a naciones que él consideraba cristianas. Las tristes circunstancias creadas por la pérdida de San Juan de Acre reclamaban una intensa labor misionera entre los cristianos separados. Para una estrategia eficaz contra el sarraceno era indispensable la unión de los cristianos.<sup>21</sup> En caso extremo, si fallaban otros medios, la guerra sería el medio para exigir a los griegos sus obligaciones de cara a la conversión del infiel y unir así las fuerzas cristianas para la recuperación de Tierra Santa.<sup>22</sup> La detallada relación de las lenguas que deberían ser enseñadas en los colegios cuya erección pedía con insistencia a la Sede Romana no sólo recuerdan su proyecto de Miramar sino que apuntan a un interlocutor que conocía la situación lingüística en Oriente próximo.<sup>23</sup>

### 3. Los tártaros

En la singular historia de las relaciones de la Iglesia romana con los tártaros en la segunda mitad del siglo XIII juega fray Girolamo d'Ascoli un papel espe-

<sup>19</sup> *Ib.*, lin. 18-40.

<sup>20</sup> Cf. *ib.*, pág. 340, lin. 74-76. Esta convicción ya aparece formulada en una de sus primeras obras, el *Liber de Spiritu sancto*: «...certum est... Romam semper fuisse caput mundi, et ideo ad significandum, quod dominium romanum debeat subiugare totum mundum» (*MOG* II, ii, 9 (123)) y lo repite en el *Liber de fine* (*ROL* XII, op. 122, lin. 40). Véase Antonio Oliver, «*Ecclesia y Christianitas en Inocencio III*», *EL* 1 (1957), 235-243.

<sup>21</sup> Así lo ve también Nicolás IV que en el último mensaje a Constantinopla (23 de agosto de 1291), contemporáneo al *Liber de passagio*, donde subraya que para la reconquista de la Tierra Santa debían sentirse llamados «cuncti catholici reges et principes orbis terrae», por eso exhortaba al «católico hijo carísimo en Cristo, emperador de los griegos» a mandar «adiutum praesidiis et auxiliis ad Terram Sanctam recuperationem». Cf. E. Langlois, *Les registres de Nicolas IV*, Bibliothèques des Écoles françaises d'Athènes et de Rome, 2e sér. V (París, 1886-1893), nro. 6813.

<sup>22</sup> Esta convicción sigue en pie en la *Petitio ad Coelestinum V papam*: «...conveniret, quod Ecclesia recuperaret schismaticos et illos sibi unire...» (*MOG* II, iii, 51 (175)). Cf. F. Domínguez Reboiras, «*In civitate pisana in monasterio sancti Dommini*. Algunas observaciones sobre la estancia de Ramon Llull en Pisa (1307-1308)», *Traditio* 42 (1986), 389-437, espec. págs. 430-6.

<sup>23</sup> Girolamo d'Ascoli había sido Ministro provincial de «Slavonia» y, por razón de este cargo, había visitado en 1272 las regiones balcánicas, una misión interrumpida por el nombramiento papal como legado apostólico a Bizancio. En el primer año de su pontificado Nicolás IV había firmado en Rieti unas cartas que encomendó al célebre Giovanni de Montecorvino dirigidas a los patriarcas de los Nestorianos, Georgianos, Armenios, Jacobitas con el fin de perseverar en la fe y promover la unión de las iglesias. Cf. Golubovich, *op. cit.* (nota 11) II, pág. 441, n. 145.

cial. Ya durante su misión en Constantinopla, ciudad cosmopolita, había tenido ocasión de relacionarse con personas procedentes de la Mongolia pues las relaciones de Bizancio con los tártaros eran intensas, incluso por razones dinásticas. En Lyon, durante el concilio, llegó una delegación tártara guiada por un fraile dominico con la que vino también al concilio fray Girolamo. La embajada había sido enviada por el monarca persa Abaqua para ofrecer a Roma una alianza contra los mamelucos.<sup>24</sup> Cuando Nicolás subió al trono pontificio era rey de Persia Argún Khan, un convicto budista que se había declarado amigo de los cristianos (nestorianos y católico-romanos). Este rey, que ya en 1285 había enviado una misión diplomática al papa Honorio IV, envió unos años más tarde una nueva embajada a Roma, de la que existe un curioso y detallado informe.<sup>25</sup> En ella tuvo Girolamo d'Ascoli un protagonismo especial, primero como cardenal en sede vacante y luego como pontífice romano. Embajador del rey persa fue Rabban Şaumâ, monje y obispo nestoriano, un prelado muy culto, políglota, de altas cualidades humanas y diplomáticas que inició su viaje en la primavera de 1287. En abril estaba en Constantinopla donde fue recibido con gran boato por el emperador Andrónico II. En el mes de junio desembarcó en Nápoles durante una espectacular erupción del Vesubio. Allí recibió la noticia del fallecimiento de Honorio IV. A finales de julio se dirigió a Roma donde fue solemnemente recibido por los cardenales en cónclave. Su interlocutor principal (probablemente se entendieron en griego) fue Girolamo d'Ascoli. El largo diálogo no agradó a Rabban Şaumâ, así lo cuenta en su informe, que lo tomó como un examen de fe cristiana y derivó en una discusión sobre diferencias doctrinales. El obispo persa siguió viaje a París donde fue agasajado por Felipe el Hermoso, a quien expuso el interés de Argún por la liberación de Jerusalén. Después de veinte días en la capital francesa siguió viaje a Bordeaux donde se entrevistó con Eduardo, duque de Aquitania y rey de Inglaterra, que lo recibió con los mismos honores que el rey francés. A continuación se dirigió a Génova a donde llegó el primero de noviembre. Allí permaneció todo el invierno esperando la elección del nuevo papa y llegó a Roma en febrero, al final del escrutinio, y fue desagradablemente sorprendido porque la elección hubiese recaído en su anterior interlo-

---

<sup>24</sup> «Nuntii regis Tartarorum representaverunt se domino papae... existentibus omnibus cardinalibus... facta est quinta Sessio, in qua... frater Petrus, Ostiensis episcopus, praesentibus omnibus praelatis, baptizavit unum ex nuntiis regis Tartarorum, cum duobus sociis». Cf. Antonino Franchi, *Il Concilio II di Lione (1274) secondo la «Ordinatio Concilii Generalis Lugdunensis»* (Roma, 1965), págs. 85 y 96.

<sup>25</sup> El texto original siríaco fue publicado por Paul Bedjan, *Histoire de Mar Jabalaba, Patriarche, et de Rabban Çaumâ* (París, 1888). La traducción francesa del texto siríaco fue publicada por el historiador J.-B. Chabot, «Histoire du patriarche Mar Jabalaha III et du moine Rabban Sauma», *Revue de l'Orient Latin* 1 (1893), 567-610; 2 (1894) 73-142, 235-304, 566-643, espec. Cap. VII, págs. 80-122. Entre las traducciones con aparato crítico, la más reciente es «Rabban Şaumâ Reise nach dem Westen, 1287-1288», en: F. Altheim y R. Stiehl, *Geschichte der Hunnen*, t. III (Berlín, 1961), págs. 190-217.

cutor. El nuevo papa, por su parte, le concedió una larga audiencia llena de reverencia y afecto en la que el obispo le entregó oficialmente las cartas y presentes del rey Argún.<sup>26</sup> El papa lo invitó a participar en los oficios de la Semana Santa que el obispo nestoriano aceptó celebrando el domingo de pasión la eucaristía según la liturgia nestoriana y recibiendo el domingo de Ramos la comunión de manos del papa, actos a los que asistió numerosa gente curiosa. Después de pascua regresó a su tierra con numerosas cartas dirigidas al rey Argún, en las que Nicolás IV proponía al monarca tártaro, entre otras cosas, que aceptase recibir solemnemente el bautismo después de la liberación de Jerusalén, que sería pronto posible gracias al pacto tártaro-cristiano, que se preveía inminente.<sup>27</sup>

Sensible a todo lo que sucedía en Oriente, Nicolás IV escuchó en 1289 con atención a Giovanni da Montecorvino, misionero en las tierras de Argún Khan y, animado por las noticias de este franciscano, decide mandarlo como misionero a la China a donde llegó a finales de 1292.<sup>28</sup>

Pocas épocas en la historia de la Iglesia estuvieron tan llenas de esperanzas por la expansión de la fe católica como al comienzo del pontificado de Nicolás IV. Numerosos documentos fueron despachados por la curia en dirección a los tártaros en los que el papa parece dar como hecho consumado la ansiada alianza tártaro-cristiana. Los objetivos espirituales de Nicolás IV en relación a los pueblos de Medio y Extremo Oriente eran sumamente optimistas y utópicos. Las esperanzas de una *pax mongolica* abrían a la cristiandad occidental nuevos y, hasta entonces, impensables campos de misión e influencia despertando, al mismo tiempo, imágenes y ansias escatológicas de conversión universal.<sup>29</sup> Una de las razones del acercamiento a los tártaros era, sin duda, la posible unión con Roma de los cristianos nestorianos que ampliaría enormemente la esfera de influencia del papa y posibilitaría la recuperación de los Santos Lugares. En todo caso, este tema que ocupó intensamente la mente del papa y la Curia romana durante este corto pontificado, entró también en las consideraciones de Llull y alimentó los utópicos planes de una alianza entre cristianos de oriente y de occidente que, de llevarse a cabo, pondría a los árabes entre dos fuegos. El opúsculo luliano no puede pasar por alto este entusiasmo, aunque parece que Ramon exhorta a una visión más realista de la situación. Llull, por otra parte,

<sup>26</sup> J.D. Ryan, *loc. cit.* (nota 11), págs. 81 y 87ss.

<sup>27</sup> Cf. A. Franchi, *loc. cit.* (nota 10), págs. 221-232, y Langlois, *Registres...* (vid. nota 21), nros. 571 y 577. Sobre la embajada de Rabban Şaumâ y el posible eco en los escritos lulianos cf. A. Bonner, «Notes de bibliografia i cronologia lul-lianes», *EL* 24 (1980), 74-77; Albert Soler i Llopart, «El *Liber super Psalmum Quicumque* de Ramon Llull i l'opció pels tàrtars», *SL* 32 (1992), 3-19, y J. Gayà, «Ramon Llull en Oriente...» (vid. nota 15), págs. 41s.

<sup>28</sup> Sobre Giovanni di Montecorvino y su viaje a la China cf. J. D. Ryan, *loc. cit.* (nota 11) y A. Franchi, *loc. cit.* (nota 10), págs. 233-239.

<sup>29</sup> Cf. David Bigalli, *I Tartari e l'Apocalipse* (Florença, 1971).

tenía serios y fundados temores de lo contrario, que fue lo que luego ocurrió: la conversión de los tártaros al Islam.

#### 4. La cruzada

Entre 1288 y 1992 Nicolás IV se encontró (éste ha sido el destino de muchos papas) con la herencia de problemas internos y externos que la función totalizadora del papado había acumulado durante más de un siglo. No es extraño que en su primer documento exprese la intención de resolver prioritariamente dos problemas: las luchas internas en el seno de la cristiandad (sobre todo el contencioso entre la casa de Anjou y la corona de Aragón)<sup>30</sup> y la preparación de una cruzada general que desde el pontificado de Gregorio X (a cuyos logros y proyectos Girolamo d'Ascoli había contribuido activamente) se había convertido en tema preferente de la correspondencia papal.<sup>31</sup> Aunque fue su destino ser el papa que recibió la noticia de la caída de San Juan de Acre, este episodio no fue determinante en su actuación política de cara al tema candente de la cruzada. Cuando subió al trono no se podía prever ese desenlace<sup>32</sup> y, sin embargo, ya había puesto el *passagium* como punto central de su pontificado; así lo testimonian documentos y notas cronísticas.<sup>33</sup> Respondiendo a esta idea, tan repetida por el papa franciscano, habla Llull de una imperiosa necesidad de la cristiandad en su conjunto, cuya solución no admite demora («bonum... ita publicum, quod non potest plus»)<sup>34</sup> expresando la impresión vivísima y la urgencia de una solución que los recientes acontecimientos habían puesto de manifiesto.

<sup>30</sup> La liberación de Carlos de Anjou, necesaria para la pacificación de la Europa cristiana, fue el primer problema afrontado por el neo-pontífice, lo cual exigió terminar con la postura intransigente de Martín IV frente a la Casa de Aragón. Cf. A. Franchi, *loc. cit.* (nota 10), págs. 129-135.

<sup>31</sup> «...et mundi graviter guerrarum multiplicacione divulsi, Terraeque sanctae quasi omni auxilio destitutae, pericula differendo». Carta encíclica *Iudicia Dei*, fechada el día siguiente de su elección, 23 de febrero de 1288, enviada al episcopado, a los prelados, a los reyes y autoridades civiles. Cf. E. Langlois, *Les Registres...* (vid. nota 21), nros. 1-5.

<sup>32</sup> Desde hacía algún tiempo aquella fortaleza de Acre, útil eslabón entre Oriente y Occidente, se consideraba inexpugnable, pero, estando bajo el control de demasiados padrinos, no había acuerdo en la estrategia de defensa. Por otra parte no se sentía seriamente amenazada pues se había logrado acordar una tregua con las fuerzas mamelucas. Era evidente, sin embargo, la voluntad de los sultanes de resolver de una vez para siempre el problema cruzado disuadiendo a los cristianos de intentar una reconquista del litoral sirio-palestino destruyendo sus fuertes y desviando el flujo comercial de los emporios al área sur en la desembocadura del Nilo. La responsabilidad de la catástrofe la llevaron algunos «cruzados» que rompieron aquella tregua matando indiscriminadamente a comerciantes sarracenos en un mercado público. El frágil equilibrio diplomático se vino abajo. El sultán con un poderoso ejército asedió la ciudad el 4 de abril de 1291 y vino a caer definitivamente el 18 de mayo siguiente.

<sup>33</sup> Cf. J. D. Ryan, *loc. cit.* (nota 11), A. Franchi, *loc. cit.* (nota 10), págs. 191-203, y Franco Cardini, «Niccolò IV e la Crociata», en: E. Menestò (ed.), *Niccolò IV...* (nota 10), págs. 135-155.

<sup>34</sup> Cf. *ROL* XXVIII, pág. 346, lin. 53s.

Al inicio del pontificado se puede constatar una febril actividad epistolar relacionada con los centros cristiano-latinos de Siria-Palestina en la que se nota un conocimiento profundo de las discordias internas en el campo cruzado, sobre todo los enfrentamientos entre las órdenes militares. En 1289, segundo año de su pontificado, nombró una comisión de tres cardenales, cuya misión era convocar no sólo a los colectores del diezmo y demás impuestos destinados a las expediciones cruzadas, sino también a los mercaderes de las ciudades marítimas italianas y otras personas que podrían aportar ideas al tratamiento «de hoc negotio». Pretendía el papa una intensa investigación de todos los problemas inherentes a Tierra Santa, de donde en la primavera de aquel año llegaron las primeras noticias tristes de la toma por los sarracenos de Trípoli, uno de los enclaves cristianos en Siria. Desde Roma se organizan las primeras ayudas para la defensa de Acre y se envían 20 galeras —«gente ac aliis necessariis munitas»— bajo la dirección de Jean de Grailly, capitán de Felipe IV de Francia. El año 1290 se abre con un nuevo mensaje pontificio dirigido a «universis Christi fidelibus» para animar a una acción conjunta «ad suscipiendum Crucis signum». Se encargaba especialmente a dominicos, franciscanos y agustinos de predicar la cruzada y se anunciaba el envío de muchas galeras destinadas a la defensa de Acre listas ya para partir en los puertos de Venecia, Génova y otros lugares.<sup>35</sup> En otoño de 1290, llegó a la curia romana, residente en Orvieto, el franciscano Pietro Bardulio, proveniente de Siria con una relación oficial de las autoridades de Acre donde se daba referencia de la situación real político-militar y se daba cuenta de la escasa concordia existente en el campo cristiano. Las galeras enviadas por la Santa Sede habían creado numerosos problemas y conflictos de organización y competencias. En el informe del fraile Pietro, los responsables de la ciudad de Acre se quejaban de la falta de un almirante con experiencia y prestigio y que muchos hombres a sueldo habían emprendido el *passagium* a Tierra Santa como un viaje de placer. No sabemos hasta qué punto llegó Llull al conocimiento de los hechos narrados en este informe pero no cabe la menor duda que muchas propuestas lulianas responden a esta apreciación oficial del fracaso estratégico de los esfuerzos por la cruzada. En una carta al patriarca residente en Acre Nicolás IV se hace eco de esta crítica y desagradable situación mostrando que, como indica Llull en su *Liber de passagio* (ROL XXVIII, págs. 336s.), no importa tanto la magnificencia y grandiosidad numérica de las naves, sino su calidad y eficiencia.

---

<sup>35</sup> Carta pontificia *Ad custodiam* del 17 de enero de 1290 «... ad custodiam et tuitionem sollicitam civitatis Aconensis et aliarum terrarum... in partibus transmarinis, prout praesentis temporis qualitas exigit, sollicitis studiis intendentes, quam plures de Venetiarum et Ianuae civitatibus, ac partibus aliis, galeas, gente, armis ac aliis necessariis munitas ut expedit et instructas, ad Civitatem Aconensem praedictam fiducialiter destinamus», E. Langlois, *Registres...* (nota 21), nro. 2269.

El papa ordena al patriarca terminar de una vez con la indolencia, inactividad e inconsciente ociosidad de las naves enviadas y sus tripulantes procediendo a la elección de un competente *capitaneus*. El hecho era altamente significativo y mostraba la gravedad de la situación en Tierra Santa pues se dibujaba un panorama pesimista, a pesar de la suficiente disponibilidad de capital y ulteriores medios de financiación. Fra Pietro, mensajero franciscano, volvió a Palestina con veinte documentos dirigidos a varias personalidades, al maestro de los Templarios, Hospitalarios y Teutónicos, a los cónsules de Pisa y Venecia, además de otras autoridades civiles y eclesiásticas. En uno de los documentos se trataba el tema del embargo naval con los puertos de Egipto y se autoriza al patriarca de Acre a excomunicar a todos los comerciantes que traficasen con los puertos mamelucos (cf. infra nota 39).

El *Liber de passagio* fue escrito cuando oficialmente se procedía a la preparación efectiva del *passagium generale* que había comenzado el mes de marzo de 1291, el cuarto año de su pontificado. La actividad papal fue, en ese último año, muy intensa, como lo demuestran los documentos redactados en la curia papal de Orvieto. Eduardo I de Inglaterra aceptó las modalidades propuestas para la recaudación del *subsidiium* para la cruzada y la fecha de partida. La noticia del desastre de Acre llegó a Orvieto en los primeros días de junio. Después de numerosas consultas no se cambiaron los planes, aunque se planteó seriamente la convocatoria de un concilio general. El 18 de agosto de 1291 viene publicada una carta circular a todos los arzobispos *Etiam patriarchis* para exhortarlos e invitarlos a convocar sínodos provinciales para tratar la proyectada cruzada a Tierra Santa haciendo referencia a la «extrema amargura» por la pérdida de la fortaleza de Acre, a pesar de «labores plurimos, curas innumeratas et gravia onera» que el Pontífice había llevado a cabo. En este mismo día el pontífice envía una segunda carta a las demás autoridades eclesiásticas y a los más poderosos monarcas católicos. En ella se pide consejo sobre el delicado y complejo tema de la eventual fusión de las órdenes militares del Hospital y del Temple (tema discutido ya en el Concilio de Lyon de 1274) cuya discordia se consideraba una de las causas de la desaparición del reino latino de Jerusalén. Este tema será fundamental en los tratados lulianos posteriores. Sobre este asunto el papa solicita de todos los que estén dispuestos a contribuir con su experiencia y saber un informe que habría de ser enviado antes del dos de febrero del año siguiente.

No logró el papa Nicolás la disponibilidad del rey «cristianísimo» (francés) para el proyectado *passagium generale*; Felipe el Hermoso se cerró a todas las propuestas papales y no quiso asumir ninguna responsabilidad —«custodiam (Terrae sanctae) nollet omnino assumere»—, a pesar de la cortés pero determinada amenaza papal de tratar la cuestión del diezmo que el rey estaba ingresando

en sus arcas a causa de la cruzada. Como parte de los preparativos envió el papa también una carta personal a Felipe IV de Francia para que se comportase como un verdadero cruzado y siguiese el ejemplo de su antepasado San Luis, pero, como si ya esperase una respuesta negativa, le recuerda que, en caso de una negativa, tiene que devolver el diezmo recogido en favor de la cruzada. El rey y sus consejeros no se inmutaron ante la patética misiva pontificia, no sólo rechazaron la propuesta, sino que solicitaron un diezmo de seis años «ad negotium Aragoniae prosequendum».<sup>36</sup>

En su actuación posterior al desastre de Acre no se nota una angustia por acelerar los preparativos sino una visión política real que no se centraba en recuperar precipitadamente lo perdido sino, sobre todo, afianzar las posesiones cristianas en Oriente próximo, es decir, una viva preocupación en conservar y defender la isla de Chipre y el reino armenio de Cilicia, los enclaves cristianos que quedaban todavía en las inmediaciones de la región sirio-palestina.<sup>37</sup> El papa recuerda siempre lo que será estribillo en los tratados lulianos: condición indispensable para resolver el problema de ultramar era la paz en el seno de la cristiandad. En tal sentido se ordena insistentemente a las autoridades civiles y religiosas restablecer la concordia en las propias provincias y regiones. Nicolás estaba convencido que el peligro sarraceno sólo podía ser esquivado a través de una estrecha cohesión entre todos los estados de la Europa cristiana y las ciudades italianas. Significativas en este contexto son dos sendas cartas (13 de agosto de 1291), una al «podestà» y consejo de Génova y otra al dogo y consejo de Venecia para que elaborasen un acuerdo duradero de paz entre las dos repúblicas bajo el patrocinio de la Curia romana.<sup>38</sup> En ellas insiste el papa en la severa prohibición de comercio con las tierras del sultán de Egipto —«ad terras Soldano subiectas». Este embargo, que Llull también propone y apoya, fue proclamado solemnemente por Nicolás IV en 1289 y en 1291, refrendando la normativa del Concilio de Lyon. Numerosas y graves eran las transgresiones y duras son, por eso, las penas papales: Los transgresores serían ipso facto declarados infames, excomulgados y embargados sus bienes.<sup>39</sup> Son muchos los documentos de la

<sup>36</sup> Carta *Recordare princeps* del 23 de agosto de 1291. Cf. E. Langlois, *Registres...* (nota 21), nro. 6778.

<sup>37</sup> Sobre las múltiples y estrechas relaciones de Nicolás IV con Cilicia (Armenia inferior) y su rey Haiton II véase A. Franchi, *loc. cit.* (nota 10), págs. 215-217.

<sup>38</sup> Cf. Langlois, *Registres...* (nota 21), nros. 6782-6783.

<sup>39</sup> Cf. *ib.*, nros. 6784-6788 y G. I. Bratianu, «Autour du projet de croisade de Nicolas IV: La Guerre ou le commerce avec l'infidèle», *Revue historique du sud-est européen* 22 (1945), 250-255. La tesis, más bien utopía, de un bloqueo económico de Egipto es una de las constantes de la política papal y aparece en numerosos planes de cruzada. Tenía un fundamento real en los proverbiales problemas económicos del Egipto mameluco: un país que no disponía de metales ni de madera y que necesitaba importar periódicamente alimentos para una población en crecimiento. Por si fuera poco, las tropas de élite en sus ejércitos estaban formadas por esclavos suministrados, en su mayor parte, por naves cristianas. Sobre este proble-

Curia papal durante este pontificado referentes a las severas normas para conseguir el embargo comercial que muestran el gran empeño que puso Nicolás en esta causa.

Al comienzo de 1292, por expreso deseo del pontífice, la Curia papal se trasladó a Santa Maria Maggiore. Allí recibió a dos embajadores del rey Eduardo de Inglaterra portadores de un mensaje del rey relativos al diezmo, es decir, a fondos que debían ser enviados a Roma para promover la cruzada. En la respuesta el papa va describiendo, con amargo desencanto, el abuso de estos fondos dando un detallado informe de los mismos: De los diezmos del reino de Francia nada se había visto en Roma («ad manus Ecclesiae nil pervenit»), lo mismo se dice de Castilla («nihil unquam percepit Ecclesia») que lo estaba cobrando desde el pontificado de Gregorio X. De los diezmos recaudados en Alemania sólo había llegado una mínima parte y nada se había recibido de Inglaterra, Escocia e Irlanda.<sup>40</sup> Detrás de esta enumeración concisa del hecho aflora una amargura sobre el comportamiento inaceptable de las autoridades civiles. Aunque Ramon Llull no haya leído este decepcionante informe papal, escrito en los días de la redacción del *Liber de passagio*, parece que conocía bien la realidad allí descrita. No extraña, pues, que uno de los puntos claves de su escrito al papa sea una mayor transparencia y centralización de la recaudación del dinero destinado a la Cruzada.

En numerosos documentos relacionados con la cruzada se habla del día de San Juan (24 de junio) de 1293 como fecha ya fija y aceptada para el *passagium generale*. Nicolás IV, aquél a quien Angelo Clareno describió como «vir mansuetus et satis modestus et tardus ad iram et iniurias inferendas» y lo ve muy cauto a la hora de tomar decisiones,<sup>41</sup> no pudo ver en marcha el *passagium* que él soñara y que con tanto interés había planeado. Murió el 4 de abril (viernes santo) del año 1292.

La enumeración más o menos detallada del desarrollo del pontificado de Nicolás IV en relación a la cruzada y a los esfuerzos misioneros nos ofrece el contexto para una nueva lectura del *Liber de passagio* que, con toda seguridad, tiene en cuenta aspectos fundamentales de las preocupaciones del pontífice en torno a este tema. Llull con este tratado da una respuesta a la demanda papal de

---

ma y sus consecuencias, véase E. Ashtor, *Levant Trade in the later Middle Ages* (Princeton, 1983), págs. 3-17. Cf. Norman Housley, *The Later Crusades 1274-1580. From Lyons to Alcazar* (Oxford, 1992), págs. 200s.

<sup>40</sup> Cf. *ib.*, nros. 6857s.

<sup>41</sup> Angelo Clareno, *Historia septem tribulationum ordinis Minorum*, edición parcial de Franz Ehrle, *Archiv für Literatur- und Kirchengeschichte des Mittelalters* 2 (1886), pág. 288.

consejo en tan delicado y complejo tema. El memorándum luliano es sumamente sensible a todos los problemas que preocupaban al papa y, sin duda alguna, muy cualificado y preciso.

Fernando DOMÍNGUEZ REBOIRAS  
Raimundus-Lullus-Institut

### ABSTRACT

The personality of Girolamo d'Ascoli, the first Franciscan pope (under the name of Nicholas IV), the evolution of his brief pontificate, and his efforts to solve the political problems of the Near East give the context for a new reading of Llull's first work on the theme of the Crusade. It would not seem out of place to affirm that the memorandum which Llull addressed to this pope is perfectly aware of all the problems which preoccupied the Roman curia and that it offers a qualified and precise response to a delicate and complex subject in a concrete historical situation.